

os mártires de Maratón, de Salamina, de Platea, de Micala, de Tempe, inspirándose con su recuerdo; y á cada paso departía con los suyos de los esfuerzos hechos por los soldados lacedemonios bajo Agesilao y por los diez mil héroes de Xenofonte. Como por una fiesta continua pasó el rey por las orillas del Bósforo. Así llegó al punto de los Dardanelos, que separan Europa de Asia. ¡Cuántas emociones debían en su corazón levantarse! ¡Cuántos recuerdos en su memoria! Enamorado por entonces de la fama, no había tenido más amores que con esta maga ceñida de venenosos laureles. Mas por muy ajeno al amor y á sus goces, aquel solitario en medio de la muchedumbre, aquel cenobita en medio de las tentaciones, muy sensual como habrán de mostrarlo más tarde otras incidencias de su vida, contaba sólo veinte años y á tal edad bien debía ver las historias de amor guardadas en las conchas de aquellas arenas, en las algas de aquellas aguas, en las flores de aquellas orillas. El vuelo de la hermosa Heles debía brillar con sus aleteos de luz en los aires, y el cadáver de la martir Hero, abrazada con su Leandro, debía flotar sobre las ondas de aquellos mares á los ojos del joven poeta. Y á estos recuerdos uniríanse otros no menos vivaces y sacros, los recuerdos de aquellos dioses transformados al pasar del continente

asiático al continente europeo, y los recuerdos de aquellas irrupciones, cuya venganza y desquite había tomado sobre sus débiles hombros. Xerxes echó allí su puente de barcas para pasar del Viejo al Nuevo Mundo: que tal debía llamarse, nueva, por aquel entonces Europa, frente al hierático y secular territorio del Asia. Un millón de hombres traía Xerxes, y cincuenta mil apenas llevaba en el juego de su desquite Alejandro. Pero el millón de Xerxes representaba la casta, y los cincuenta mil de Alejandro representaban la Grecia. Esa fuerza de Xerxes no pudo vencer á la idea de Grecia en su irrupción; la idea de Grecia en su desquite vencerá la fuerza de los herederos de Xerxes.

La emoción de Alejandro al pisar Asia no puede hoy ni medirse ni expresarse. Juntando, como ningún otro héroe, intuiciones de poeta con cálculos de político, el gigantesco desmedido conquistador veía con sus ensueños realizarse un ideal y con sus ambiciones abrirse una inmensa dominación. Sentado en la nave que lo conducía y que semejava un altar flotante por su carácter sacro y por su riqueza litúrgica, no quiso á ningún otro mortal ceder el timón, pues aspiraba siempre al primer puesto y á la primera autoridad, tanto por los títulos adquiridos en su herencia cuanto por los méritos granjeados en sus trabajos. Llegado sobre aquellas

aguas tranquilas á la mitad perfecta del canal, detúvose, y equidistando con exactitud matemática del continente nuestro y del continente asiático, inmoló á Neptuno un toro, alzó el cáliz áureo á las alturas en demanda y requerimiento de auxilio al apurar libaciones religiosas, asestó un dardo á la tierra donde sus conquistas debían ejercerse, y pronunció los nombres de un Hércules para evocar la fuerza, de un Júpiter para evocar la omnipotencia, de una Minerva para invocar la sabiduría, como si en vez de una guerra cruel y porfiada iniciase una ceremonia teogónica. Lo cierto es que, artista por la mayor parte de sus propensiones, tanto como guerrero, y político, y explorador, no quiso adelantarse al seno de la misteriosa tierra donde penetraba sin certificar por algunos hechos solemnes el enlace de todo cuanto ideaba y quería con lo intentado y hecho por sus predecesores inmortales. Él iba con igual empuje que los héroes de Agamenón y de Ajax á mantener la eterna porfía entre Asia y Europa, y de consiguiente hallábase obligado, por lo altivo de su carácter y por lo alto de su propósito, á recordar en el suelo mismo donde sucediera la epopeya helénica. Las tierras de Frigia, los campos de Troya, el sepulcro de Aquiles, obligáronle á desnudarse de toda vestidura regia, como si quisiera en esta desnudez mostrar la fundamental igualdad humana,

y después de ungirse con aceite oloroso, á vaciar las ánforas fúnebres sobre las piedras mortuorias y á deponer coronas en solemnísimos homenajes que acompañaban los tañedores con plañideras cítaras y los coros sublimes con versos elegíacos. Al mismo tiempo que honraba el sepulcro de Aquiles Alejandro, Efestión, su amigo, también honraba el sepulcro de Patroclo. Nada más natural que toda esta religión de los recuerdos. Pero lo que indica en cuánto superior grado sentía el héroe macedón las ideas luminosas, y cómo llevaba una síntesis por realizar antes que una conquista por cumplir, fué, sin duda, el sacrificio también ofrecido sobre la tumba de Príamo, sacrificio verdaderamente destinado á simbolizar la conjunción luminosa entre dos ideas, las compenetraciones sucesivas entre dos almas, las síntesis superiores entre dos pueblos hasta entonces enemigos.

En las menores cosas Alejandro demostraba ser la viviente síntesis que debía prevalecer después de su muerte y quedar como un lazo de unión estrecha entre los dos continentes. Sus vestiduras distaban mucho de la sencillez griega y asemejábanse á las recargadas y ricas preseas orientales. Era de ver al dios, porque un dios parecía, circuído maravillosamente de su joven oficialidad, que se acercaba mucho por mil semejanzas al coro

formado por los dioses segundos en el Olimpo; del milagroso escudo, perteneciente á Minerva, precedido; centelleando á las chispas lanzadas por el esplendor de armaduras que atraían los ojos de sus amigos y deslumbraban los ojos de sus enemigos; la rodela de acero al brazo, el casco ceñido de blancas plumas, dispuestas en forma de penacho, á la cabeza; su cota de muchos dobleces al cuerpo; el collar de riquísima pedrería en su garganta; la espada, como rayo en lo ligera y en lo exterminadora, resplandeciente al costado; la túnica, fabricada en Sicilia con mucha delicadeza; el manto de púrpura en la espalda, y en los piés borceguíes como los usados por genios celestiales de todas las teogonías indoeuropeas en sus descensos á la tierra. No hay que dudarlo: cuantas particularidades se veían en aquella vida tan maravillosa y extraña; cuantas actitudes tenía el cuerpo suyo, flexible como una serpiente y fuerte como un león; cuantas palabras fluían sus labios, como cuantas empresas ejecutaban sus armas, todo en él obedecía por su conjunto al proyecto capital de su genio, á la unión estrechísima entre Asia y Grecia. Con estos pensamientos se acercó al Gránico, línea estratégica de primer orden, la cual debía darle, una vez franqueada, la clave del Asia Menor. Parmenión, el primero de sus generales, abrió en el enemigo

brecha, y aunque hubo de retirarse, por sólo llevar tres mil hombres, ante los movibles muros de lanza que le oponían los persas, la falange, formando un triángulo erizado de picas, la caballería tesalia con sus ímpetus, el genio de Alejandro con su arrojo, vencieron á Memnón, y desde tal victoria, lo mismo Éfeso que Mileto, lo mismo la ciudad de Esmirna que la isla de Chipre, lo mismo el monte Pago que el monte Tauro, lo mismo Tiro que Sidón, entregáronse al conquistador componiendo desde aquel entonces la sacra legión de pueblos en que debía reinar como una religión nueva el helenismo. Así no es maravilla que repartiera una parte de los despojos conseguidos en aquella ocasión entre los soldados que le secundaran, otra parte de los despojos entre los dioses que le favorecieran, reservando la tercera y última, menor por su volumen, pero excesiva por su valor, pues allí se hallaban todas las joyas, para su madre, á quien obedecía desde lejos y amaba con ternura incesante. No puede, quien haya descuidado estudiar el ministerio ejercido por Olimpias en Macedonia, conocer bien todo el influjo alcanzado por aquella mujer sobre su excelso hijo. No fué Olimpias tanto la esposa de Filipo como la cooperadora de su reinado y la cooptícipe de su autoridad. En Macedonia, Olimpias era, por su posición, algo

más que la mujer del rey, era una reina en activo servicio. Así como Esparta siempre tuvo dos reyes, este período de la historia helena preséntanos á Macedonia regida por Filipo con Olimpias y por Olimpias con Alejandro, en tal manera, que asistió á dos reinados y dominó sobre aquellos dos increíbles reyes. Ciertó que su matrimonio con Filipo realmente obedeció á razones políticas más que á sentimientos afectivos y fué como una especie de tumbaga nupcial entre regiones heridas por una guerra incesante y reconciliadas en el tálamo de sus reyes. Mas conviniendo en esto, no cabe dudar que si Olimpias conservó el influjo y el poder debido á su nacimiento y á su matrimonio, debiólo en gran parte á su mérito extraordinario. De no tenerlo tan grande amárala el hijo cual suelen todos amar naturalmente á sus padres; pero no la oyera, como la oyó, en todos sus consejos, y no siguiera, como siguió, toda su política. Olimpias tuvo, durante la infancia de Alejandro, que contrastar la malquerencia de Filipo, con quien compartía la corona, y durante la juventud y madurez de Alejandro que contrastar la malquerencia de Antipáter, con quien compartía el poder necesario tras la separación larguísima de su hijo. Las increíbles odiosidades que sintieron ambos héroes contra ella, lo mismo Filipo que Antipáter, obligá-

ronla por necesidad á implacable lucha, en la que varias veces cometía crímenes horribles. Pero los tiempos eran durísimos. Mucho de lo que nosotros intentamos y hacemos por medio de la industria y del comercio se intentaba y se hacía entonces por medio de la conquista y de la guerra. Todos los empeños bélicos llevaban aparejadas naturalmente muchas crueldades. Y estas crueldades cometió en su vida mil veces Olimpias. Mas no cabe dudarlo: su mérito y su talento excedieron en mucho á sus ferocidades.

Cuando se observa toda la magnitud incalculable de los planes que no sólo ideó, sino que realizó también Alejandro, sin que un punto se apartara su ánimo de Olimpias, apenas puede concebirse ni explicarse tanta sumisión sólo por afectos filiales, que si subyugan el corazón de todos los bien nacidos, no fascinan así la inteligencia. Había pasado Alejandro la Tesalia y la Tracia; puesto la marca de su genio en las dos riberas del Bósforo; evocado á Troya de su tumba y traído nuevamente á Grecia el viejo heroísmo de Aquiles; ganado la batalla del Gránico por la superioridad indecible de su inteligencia; devuelto á su patria las ciudades aquellas del Asia Menor, que fueran manzana de discordia entre los dos viejos continentes; vengado, al tomar Tiro, las razas arias de los mil

agravios que les infirieran las razas semíticas; al emprender todas estas aventuras y cumplir todos estos portentos, levantando aquí formas de gobierno extintas, erigiendo allá templos á dioses desconocidos, juntando razas en la síntesis inmensa de su vasta mente, y volvíase, tras los días sin descanso y las noches sin sueño, entre los tonantes fulgores de un voraz incendio, sobre la carnicería de aquellas luchas titánicas, á su madre, y le contaba con todo espacio cuanto le sucedía, como si aquella madre fuera su dios ó su conciencia. En esto se desemeja el héroe griego de todos los sicofantas orientales que aspiraban por aquellos siglos á la dominación espiritual y se atribuían milagros ó se arrogaban leyendas. Los profetas teológicos, los taumaturgos de profesión, los enviados del cielo y reveladores de alguna idea dogmática ó religiosa no gustaban de que les recordasen sus madres, á fin de pretender con empeño una especie de sobrenatural nacimiento que les mantuviese la supersticiosa fe de los suyos. A nuestra vista misma, en las revoluciones religiosas que se han sucedido relativamente cerca de nosotros, los profetas y los reveladores han pretendido siempre, sino negar, desconocer á sus padres. San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, no han amado á su familia como la aman los demás hombres, y han

tenido en sus respectivas santidades los dos estos sendos flacos. La música moderna, en uno de los tres grandes poemas producidos por Meyerbeer, en *El Profeta*, nos ofrece tal condición de los sicofantas, quizás esencial á sus oficios religiosos y á sus caracteres místicos. Pero Alejandro, á quien la historia no podrá negar nunca ciertos visos, más que visos, ciertas facultades completamente intuitivas de revelador y de profeta, no quiso jamás que se olvidara su origen humano, y amó con amor de niño toda su vida, y entre las mayores grandezas, á su extraña madre. No daba una batalla sin escribirle un parte; no concebía un proyecto sin asesorarse de su consejo. Y cuenta que aquel hombre no tomaba ciudades tan sólo, tomaba templos sublimes y religiones enteras, arrojando en su carro de guerra, prisioneros y cautivos, lo mismo á los reyes que á los dioses. En su originalísima inspiración entraba por iguales partes la política, la estrategia, la táctica, la economía, el arte, la metafísica y todas las ciencias teológicas. Por consiguiente, aconsejar á un hombre verdaderamente sobrenatural, oírle sus ensueños y esclarecérselos, atender á sus proyectos y enmendárselos, hablarle con igual competencia de sus planes bélicos y de sus pretensiones teológicas, exigía una suma de aptitudes tal, que diríanse personajes así bajados

de algún Olimpo misterioso y hechos en la materia de que se hacen los dioses. Por su parte Alejandro no sólo escuchaba siempre á su madre, sino que la dirigía con reciprocidades múltiples de autoridad y sumisión, apenas concebibles, sino por su flexibilidad maravillosa y por su acomodamiento particularísimo á todas las situaciones, aun aquellas más dificultosas. En los doce años que duraron sus expediciones, Alejandro tuvo á diario casi que concertar los dos regentes, dejados por su previsión al reino, Antipáter y Olimpias. ¡Cuántas querellas no debía oír, y cuántos litigios no debía fallar en estas competencias eternas entre dos seres poderosos y ambiciosísimos! Pues á tan larga distancia y por medios de persuasión intensos y eficaces logró este genio extraordinario mantener la estabilidad incommovible de su trono y el prestigio mágico de su gloria en todas partes. El amor de Alejandro á una madre tan imperiosa, y la destreza con que supo dirigirla, so color de obedecerla, constará entre las mayores calidades y virtudes varias de tal excelso genio y ofrecerá un ejemplo bien instructivo y bien curioso á la más remota posteridad. Olimpias jamás toleró, no ya un primero, un segundo, á su lado. Nacida con ambiciones extremas, el trono, lejos de calmarlas, solamente sirvió para recrudecerlas. Conspiró con-

tra Filipo, rey, por superior á ella; conspiró contra Antipáter, corregente, por compañero de ella. Consintió dos superioridades: únicamente aquella que la engendrara y aquella que á su vez engendró, la grandeza de sus dioses y la grandeza de sus hijos. Por Alejandro tuvo una pasión verdadera que obligó, forzó, constrictó la que á su vez le tenía éste también con tenacidad, en debida correspondencia. Y es tan cierto que mientras pudo mantener el doble gobierno de sus Estados hereditarios entre Olimpias y Antipáter, mantúvolo con agrado; pero en cuanto el equilibrio inestable de aquellas dos almas enemigas llegó á romperse con estrépito, el hijo amante optó por su desapoderada madre y encargó al general un trabajo dificultoso en Asia, más para separarlo de Macedonia que para divertirle en otros altísimos deberes. Nunca olvidó este llamamiento el general, que pagó más tarde con su vida la reina.

Como quiera que nosotros debemos trazar la imagen y biografía de ésta, ya suficientemente delineadas, acabaríamos en seguida con sólo referir sus últimos hechos; pero imposible pasar ante las empresas y sucesos de Alejandro sin bajar nuestra frente con respeto y ofrecer nuestro necesario tributo de admiración más religiosa. ¡Qué batalla la del Iliso, por cuya virtud quedó como dueño del

Asia! Llevaba el rey heleno cuarenta mil hombres, y el emperador persa cuatro más por lo menos contra cada uno de sus enemigos. El campo de batalla era una planicie admirablemente dispuesta para que pudieran moverse los numerosos ejércitos y muy contraria por todos sus terrenos á la marcha del invasor extranjero. Mas con ver los dos combatientes notábase la superioridad moral del menor, el europeo, sobre el mayor, su contrario, el asiático. Mientras aquél mostraba la cohesión originada de afinidades interiores y la sobriedad de costumbres convenientes á la disciplina y á la obediencia, parecía éste voluptuosa corte andando en procesión aparatosísima. Vestiduras ligeras de un lado y mucho acero, mientras de otro lado vestiduras pesadísimas y mucha pedrería. Sobre la tienda del emperador persa un sol de oro encerrado en urna de cristal, y á su puerta un heraldo que solía agitar el aire con las vibraciones de su apocalíptica trompeta. El fuego sacro iba en argénteas aras circuído por legiones de cabalistas y astrólogos dados todos á la oriental magia; tras unos trescientos sesenta y cinco jóvenes, envueltos en púrpura y cantando himnos religiosos, resplandecía la efigie del dios mayor de aquellas gentes, rodeada por sacerdotes vestidos de blancas túnicas y armados con áureos cetros; no lejos,

para designar el puesto de los jinetes en armas, unos carros llenos de dioses, á cuyas espaldas veíanse de diez á doce mil caballerías montadas por individuos provenientes de todas las naciones subyugadas á Persia y ornados con sayales de crecidas mangas, todas recamadas por piedras preciosas; á trescientos pasos quince mil cortesanos con tales afeites y adornos que parecían hembras recién compuestas en sus tocadores; un trono ambulante soportaba la persona del monarca, circuído por maravillosísimas pompas, ahumado por nubes de incienso y demás aromas litúrgicos; seguía luego Nino y Belo en simulacros de metales riquísimos bajo sombrillas multicolores y entre colegios sacerdotales; doscientos príncipes de regia sangre rodeaban á todos estos déspotas del cielo y de la tierra, cuyas tiaras celestes, y bandas multicolores, y puñales ligeros, y sayos purpúreos, le daban el aspecto de ídolos, hasta que, cerrándolo todo, se descubría la raíz de tantos males, mal escondido so el viciosísimo lujo, un harén compuesto de trescientas concubinas, servido por innumerables eunucos y llevado sobre los lomos de camellos y elefantes; todo ello con el extraño aspecto de una ciudad, que se moviera nómada por aquellos inmensos territorios, sin norte y sin rumbo, sólo para ostentar su esplendor increíble y su asiática

magnificencia. ¿Qué había de suceder? El número inmenso empleado en estos oficios múltiples y adscrito á estos cargos de corte no servía ni á la defensa ni al ataque, no servía para combatir. Necesitado cada cual de atender al respectivo señor, ya ídolo, ya monarca, ya príncipe, no podía romper contra el común enemigo. El griego estaba destinado á dominar la muchedumbre del asiático por su destreza, cual domina el nauta los oleajes del Océano por su inteligencia. Había un imperio y su corte de un lado, mientras del otro un pueblo constituido para el combate y en la organización y en la forma propias de un ejército. Alejandro, á caballo, lo animaba todo y ponía la confianza de cada cual en su fuerza y en su acción, mientras Dario, desde su santuario litúrgico, estaba como ausente. La falange macedónica y la caballería tesalia dieron en seguida cuenta de aquel harén populosísimo. El viento de las ideas occidentales pasó como un huracán sobre las castas. El héroe vencedor no significaba otra cosa en su esplendorosa victoria sino la libertad de Occidente, imponiéndose por su intrínseca virtud á la fuerza del Asia. Dario tuvo que descender de su elefante y tomar un caballo árabe para huir del campo nefasto y ponerse con algunos compañeros en cobro. Todas sus mujeres y todas sus riquezas cayeron

en manos de los griegos. Pero como Alejandro no se propusiera tanto vencer al Asia como asimilársela y difundir en ella su propio espíritu y sellarla con su idea, trató á la madre de Dario, á la mujer, á las princesas, como hubiese tratado á griegas de su familia idas al campamento. Ellas, que se creyeron próximas á la muerte tras la rota de los suyos, no sabían de cuál suerte corresponder al vencedor, ignorando cómo su propósito de respetar las vidas y las personas en ellas dimanaba del propósito superior de perseguir y desarraigar su dominación y su autoridad. El desquite de Grecia estaba cumplido, y el Oriente se abría, mal de su grado, pero se abría por completo, al genio y al pensamiento helénicos.

Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el canto de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehovah. Tiro, Sidón, Chipre, Lesgos, las tierras